La justicia del sol

Diego San José

TU CARTA

Gozo de sol en las arboledas, cielo azul y aire templado. Como en los surtidores de las fuentes, que irrumpen a la vida gozosos, con ímpetu juvenil, canta la alegría en mi corazón. Una alegría que es olvido y esperanza, la eterna ilusión de soñar sobre las miserias sociales. Me siento en el banco de piedra de una plazoleta olvidada. Tengo deseos vehementes de volver a leer tu carta. ¡Tu carta! Es la misiva que nunca se espera y que siempre quisiéramos recibir; es el pasado que torna y la ambición de la gloria futura. Leo nuevamente las letras desfiguradas que trazó tu mano. Porque la ficción de los caracteres no es completa y advierto en ellos que fuiste tú quien los trazó. ¿En qué momento de melancolía pensaste en mí? ¿Adivinaste que en muchas horas de tedio y de soledad, de tristeza honda, mi pensamiento te buscó como único consuelo? Has hecho bien en escribirme. No me dices nada, apenas se advierte coherencia en las palabras ¡y sin embargo!... Para mí son el poema de nuestro amor, desgraciado y fatal como maldito al nacer. El amor de nuestras existencias, el único, que es como la razón de nuestras propias vidas o nuestras vidas en su integridad, en su plenitud. Has hecho bien en escribirme. No es solo la voz de nuestro pasado muerto, la que resuena en mi alma con tumulto de recuerdos gozosos y amargos. Es la esperanza en lo desconocido, el porvenir que todavía puede traernos un presente de ventura, la floración primaveral de nuestras almas ausentes, unidas a través del tiempo y de la distancia. ¿Te acuerdas? Nuestras charlas en la reja, a la orilla del mar, en las iglesias solitarias. ¿Dónde nos volveremos a encontrar? Gozo de sol en las arboledas, cielo azul y aire templado. Los surtidores de las fuentes que irrumpen a la vida gozosos, con ímpetu juvenil, apagan el rumor de los besos que deposito en tu carta, temblando de pasión.

VICENTE ALMELA

CRÓNICA POLÍTICA

Todos los días, indefectiblemente, una noticia sensacional viene a ponernos el ánimo vacilante y la faz torva. Ya es la muerte de un general, acaecida de trágica manera; ya la formación de un gobierno nacional sobre las ruinas del que nos rige; ya otras no menos emocionantes novedades, que se propalan *sotto voce* por los que se dicen bien enterados. Y, sin embargo, nada sucede. Pese a los propósitos de la gente alarmista, siempre deseosa de difundir el pánico, sepa Dios con qué fines, es lo cierto que la normalidad se restablece, y que, suave, calladamente, vamos entrando en un período de calma, que contrasta con la vorágine espantosa de que acabamos de salir, y de la cual, ya que no otras ventajas hemos sacado la certidumbre de que hay en España opinión pública, que ha sacudido su marasmo para interesarse por los sucesos de actualidad.

Es decir... Suceso de actualidad palpitante es el pleito que el partido liberal ha entablado acerca de su jefatura. Y, en honor de la verdad, hay que reconocer que este asunto no interesa a nadie, más que a los que en él intervienen de un modo directo. Esto es prueba fehaciente de lo poco que al país preocupan los partidos políticos, porque ha perdido la confianza en todos ellos, y mucho más en ese conglomerado de elementos heterogéneos, sin cohesión ni disciplina, que fingió una amalgama con deleznables soldaduras para no apartarse del disfrute del poder. Y serán inútiles cuantos esfuerzos haga tratando de reorganizarse, si antes no procura pasar la esponja sobre la pizarra de su historia política para escribir de nuevo, con arreglo a las exigencias de la vida actual.

Nada más equivocado que proponerse dar soluciones modernas con procedimientos antiguos. Este error, en que incurren no solo los políticos liberales, sino todos los españoles, pone de manifiesto una vez más la enorme verdad encerrada en la célebre frase d'annunziana: «O renovarse, o morir». Una obra de total renovación se impone en nuestra patria. No basta con practicar el «quítate tú para que yo me ponga»; es necesario que el esfuerzo individual, creando el colectivo, trastrueque las normas del vivir hispano. La crisis que padecemos no es de ideas, sino de hombres. Un caso entre mil que lo pone de manifiesto es la muerte del ilustre presidente del Tribunal Supremo. Es muy difícil, por no decir imposible, que la vacante de D. José Aldecoa se provea dignamente. No hay, por lo menos no se ve de primera intención, un jurisconsulto del prestigio necesario para echar sobre sus hombros el peso y la dignidad del Collar de la Justicia.

Como en el popular sainete, en España hace falta, no ya un hombre, sino muchos. No dudamos de que existan; pero es lo cierto que están escondidos, esperando para presentarse el instante propicio, como el arpa de Bécquer la mano que debía pulsar sus cuerdas mudas.

Reconozcamos que en este sentido comienza a hacerse algo. Hay en el Ministerio actual hombres honrados, de buena voluntad, cuya actuación va dejando de ser un interrogante para entrar de lleno en la categoría de los aciertos. Los señores Burgos y Eza pertenecen a esta clase de hombres, ayer ignorados, hoy revestidos de la aureola más grata a un mortal: la que rodea a los que merecen el dictado de beneméritos de la patria.

EFEMÉRIDES

DE MARTES A LUNES

El martes, 26, los duques de Medinaceli dan una comida en honor de Sus Majestades.—Quedan suspendidas las conferencias telefónicas con toda España.—Los ingleses avanzan en Souchez.—El Congreso ruso de los “Soviets” acuerda la disolución de la Duma y del Consejo del Imperio. —Se verifica en la Biblioteca Nacional la inauguración de la estatua de Don Marcelino Menéndez Pelayo. Asiste la Real Familia. — Se manifiesta la epidemia del mildiu en las comarcas vitícolas de Barcelona.

El miércoles se establece el servicio postal aéreo entre Civita Vecchia y Cerdeña, organizado por las autoridades militares italianas. —En un accidente de aviación ocurrido en Guadalajara resultan heridos el comandante de Infantería Sr. Izquierdo, y el teniente de Artillería, Sr. Montero.—Una tormenta deja arrasadas las cosechas de varios pueblos

de Zaragoza. —Se reanuda la ofensiva inglesa.—Los alemanes bombardean Dunquerque. El gobierno alemán retira su ministro de Cristianía. —Las tropas aliadas ocupan Atenas. —Queda constituido el nuevo gobierno griego.

El jueves, las Cámaras portuguesas acuerdan la ratificación del Convenio con Francia de 1916 en el que Portugal renuncia al régimen de capitulaciones en los territorios del protectorado francés en Marruecos.—Los rusos emprenden la ofensiva.—En la Cámara austríaca, el diputado checo Paschek pronuncia un violento discurso contra Alemania y su política guerrera. —Queda resuelta satisfactoriamente la huelga de obreros mecánicos de la fábrica de Amorevieta.—Un incendio destruye varias fábricas de guerra en Foerde (Westfalia). —Se inaugura la feria de Burgos.

El viernes se publica un importante Real decreto sobre los submarinos de países beligerantes en aguas españolas.—En la carretera de Villaviciosa vuelca un camión automóvil de la Intendencia militar resultando tres heridos, entre ellos el capitán de caballería D. Antonio García Benítez.—Grecia rompe sus relaciones diplomáticas con los imperios centrales. —En el crucero italiano «Tosca» se produce una explosión causando cinco heridos que son desembarcados en Valencia.

El sábado se promulga solemnemente en Roma el nuevo Código de Derecho canónico. — Llegan a Francia fuerzas yanquis. —Se celebra en la Academia de Ciencias Exactas la recepción del general D. Ricardo Aranaz.—Concluye la huelga de albañiles de Bilbao.

El domingo fallece el pintor Antonio de la Gándara.

El lunes presenta sus credenciales el nuevo embajador de Rusia en Madrid, Sr. Neklioukoff.—Se publica un Decreto aumentando 25 cts. diarios el haber de la tropa. Los rusos ocupan Konuch haciendo más de 8.500 prisioneros.

EN BROMA Y EN SERIO

¡NO TENGO!

Yo no les puedo decir
«si es o no invención moderna»;
pero debe ser eterna
la costumbre de pedir.
Ustedes recordarán,
como lo recuerdo yo,
que el primero que pidió
en este mundo fue Adán.
Sus hijos, con igual fe,
también a pedir se dieron,
y así las cosas siguieron...
¡y lo que te rondaré!;
pues no hay nadie que vislumbre

cuándo se va a concluir
la costumbre de pedir,
que es una mala costumbre.
Todos con el *arma* al brazo
y siempre el *sable* derecho,
nos ponemos en acecho
¡y allá te va un sablazo!;
y a veces con tanto tino,
que *atracamos* a cualquiera
¡que anda viendo la manera
de entrar en San Bernardino!

***

De mil ciudadanos, cien
viven del *sable*, y el resto,
¡casi, y aun sin casi, apuesto
a que vive de él también!
Que a quien está en la opulencia
se le dé el *golpe*, bien va;
¡pero dárselo al que está
a la luna de Valencia...!
Hay *sablazo* que se para,
porque *se le ve venir*:
el del que viene a pedir
frente a frente y cara a cara;
mas no es fácil, en verdad,
librar el de trama oculta.
¡Y un sablazo así resulta
mortal de necesidad!

***

Va a tu casa un ciudadano
o te encuentra en cualquier parte,
y ya puedes prepararte,
por más que todo es en vano;
pues si el *viaje* que al bolsillo
te tira, *tropieza en hueso*
—ya que no puede ser eso,
—te dirá— dame… ¡un pitillo!;
lo que, aunque es poco, no impide
que te veas en un apuro...
¡ni que esté fumando un puro
el que a ti un *pito* te pide!
Yo a tal punto me prevengo
contra estos *golpes* a fondo,
que me llaman y respondo
sin titubear: ¡No tengo!

***

Así consigo salir

incólume y sin *tocar*,
y así hay que contrarrestar
esa *virtud* de pedir:
¡Con el *vicio de no dar*!

F. MOYA RICO

TELONES Y BAMBALINAS

FIN DE TEMPORADA

Obligados por la temperatura, los teatros cierran sus puertas, y el público se refugia en los espectáculos al aire libre. Es hora, pues, de hacer un pequeño balance de fin de temporada. Pocas como esta tan abundantes de producción. Pocas también tan escasas en éxitos resonantes. Si volvemos la vista atrás, a duras penas hallamos media docena de títulos que merezcan recordarse. *Marianela*, más por la evocación de la obra original y por los prestigios de su autor glorioso, que por el mérito intrínseco de la adaptación escénica. *El reino de Dios*, un acierto más de Martínez Sierra y Catalina Bárcena. Ya en planos más inferiores, *Margarita la Tanagra*, en que el ingenio de sus infatigables autores parece haber culminado. *El asombro de Damasco*, que ha reverdecido los buenos tiempos del teatro de Apolo. Y casi nada más. Las astracanadas de la *Comedia* no merecen tomarse en cuenta para nada. En el *Español* hemos aplaudido la noble idea de un drama de Oliver. *Lara* apenas logró con una obra de Linares Rivas salir de su marasmo, como si la buena estrella de Don Cándido le hubiese acompañado a la tumba. El *Reina Victoria*, encastillado en su género movidito y alegre, se contenta con ganar pesetas sin preocuparse de otra cosa. El nuevo *Odeón* y el remozado *Cervantes* no han hecho sino exhibir sus salas en espera de los acontecimientos.

DIEGO SAN JOSÉ

JUSTICIA DEL SOL

(CONSEJA)

A la gentilísima y vengadora Peluquines de esta conseja, que en el tiempo de ahora ha reencarnado en una espléndida LOLITA.

PROEMIO

La noche, es de fines de octubre, desapacible y lluviosa de estas que barruntan con mucho encono las del invierno.

En la cocina del mesón, después de la cena aguardan la hora de la queda para ensabanarse hasta las primeras horas del nuevo día unos cuantos gañanes, un sedero de Murcia, su espolique y las guardas de una cuerda de galeotes que hacen penosa jornada hacia las playas de Marbella.

Por entretener el tiempo lo más agradablemente posible, se distraen entre sí de la manera que les es más grata.

En una mesilla de poca altura colocada junto al fuego, el señor Damián, dueño y señor del mesón, juega unas quínolas con un fraile pedigüeño, de estos que andan por los caminos sacando de la caridad del prójimo la vida para su monasterio.

En un poyo cercano hablan de sus pesadumbres unos mozos de labor, y, mal acomodada en una tajuela, hace calceta una moza como de quince años.

El amor no ha pasado por su puerta y es posible que no pase en todos los días de su vida, porque es estevada y de no muy buen rostro.

Es como flor que naciera marchita. De vez en vez mira envidiosa hacia el quicio de una ventana, donde otra moza del mesón y uno de los jayanes tejen y destejen la tela de su querer.

La señora Bernarda, que es la mesonera y mujer ya entrada en la edad madura, que de allí a un lustro comenzará a frisar los linderos de la vejez, hila un copo de lino, y, en tanto, urde en el cañamazo sencillo de su fantasía cuentos y consejas para dos mozas más y un muchacho que tiene al lado, abrazado a un mastín de razonable alzada, tal, que puesto en pie muy bien pudiera servirle de cabalgadura.

Algunas frases se esparcen por la estancia y llegan a todos.

El fraile y el mesonero se paran en la partida y escuchan un poco, prosiguiendo luego sin perder del todo la voz amable de la señora Bernarda.

Los mozos que hacen relación de sus miserias y añoran el amor de la tierra lejana suspenden un punto las lamentaciones, y no dejan de tener un comentario para lo que hubieron de oír.

Las guardas de la cuerda galeota dejan de pensar en la calamidad que es el servicio del rey siempre mal pagados, en peligro constante de la vida, y con mucha responsabilidad sobre la conciencia, y se animan un tanto con la charla novelesca al amor de la lumbre.

Los zagales, que ya van con muy buen garbo royendo los zancajos a la mocedad, no quisieron ensabanarse nada más cenar, y se quedaron para comentar sus hazañas del día y prevenir las que puedan ofrecerse en el siguiente.

Oyen las palabras de la señora Bernarda y callan sus pleitos y planes, porque entienden que por los derroteros que toma la charla pueden sacar más en limpio a la par que solazarse y aprender tan maravillosos lances que puedan ellos ser luego al repetirlos, aunque un poco desfigurado de como lo oyeron, el asombro de sus camaradas.

Hasta un arriero viejo y mal acondicionado que a nadie sufre se ha quedado aquella noche y está con la boca abierta como niño de la doctrina, es cuchando las amenas palabras de la señora ama, y a fe que por el gran interés con que escucha, puede asegurarse que no diera él este momento, por las horas que le está sisando al reposo.

Los amartelados que, en el hueco de aquella ventana, se enternecen y ponen en guisa de matrimoniar a solas, también mudan un poco la atención que se deben y de que les pesará salir luego, si la conseja que se cuenta es de trances amorosos.

Así, pues, de esta suerte va la oronda mesonera, como una buena hada, divirtiendo las imaginaciones y refrenando las modorras en los cansados cuerpos, rendidos por la ruda labor que sufrieron durante las horas del día.

Y en voz un poco achacosa, algo velada por grato y medroso tonillo, llega a ser dueña de la estancia y a callar todos los pasatiempos; el de los naipes, el de las añoranzas y el de los martelos y dulces promesas de bienestar.

Comienza una historia nueva, y la comienza de esta suerte:

«Amigos de Dios: De esto que os voy a contar, ya hará muchos años.

De muy muchacha se lo oí a un abuelo mío, que fue siervo del señor feudal que hubo por estas tierras.

Sea en la eterna gloria la santa reina Isabel, que acabó con la feudalía. ¡Dios nos libre!».

Y, como si fuera cosa de ahuyentar al enemigo malo, se persigna tres veces, todos siguen su ejemplo, y aun me parece que el fraile ha cantado responso.

Hecho lo cual prosigue la buena madre:

«Pues sabed que hace muchos años, yendo mi abuelo desde Segovia a la feria de Medina del Campo, que es famosa, se encontró en el camino a un pobre hombre, que a la vera de una fuente clara y fría reblandecía unos mendrugos de pan, que con su dureza hubiesen podido descalabrar muy bien a un gigante.

El padre del mío, viendo que aquel lugar era a propósito y deleitoso para descansar a comer algo de lo que llevaba y dar algún reposo a las bestias, lo hizo así, y se fue donde mismo el hombre estaba.

De buena voluntad, le ofreció que hiciese con él penitencia (y bien sé yo que no lo sería, porque mi dicho abuelo tenía poco de aquella austeridad que usan y recomiendan los santos padres del yermo, que a la hora de esta andan en las hornacinas de los altares y en las páginas de los libros devotos.

No hizo el otro remilgos, porque se veía a cien leguas que era hombre que lo necesitaba, pues sabido es que quien está harto y lleno, no se entretiene en reblandecer mendrugos en las aguas de una fuente.

Ofició por manteles la fresca hierba y sobre ella se tendió la pitanza con tanto fuero que no pareciera mejor en la misma mesa del Rey Nuestro Señor, que Dios guarde.

Ya que llevaban juntos un poco de tiempo y la necesidad del infeliz vagabundo iba muy quebrantada, y aun la timidez, pues mi abuelo era hombre muy liberal, le dio ocasión para que hablara sin avergonzarse de la mísera pobreza en que se veía, alzó la cabeza y dijo de esta suerte el convidado.

—Vuesamerced me lo perdone, pero me parece que yo creo conocerle de muchos años atrás.

Le miró entonces el tío Leandro, que de este modo se decía mi ascendiente, y respondió:

—Pues también vuesamerced me lo perdone, pero yo tengo esta vez por la primera que nos vemos.

—No es mucho que así le parezca, porque a mí el hambre y las enfermedades me han cambiado tanto, que no me conociera mi madre si otra vez estuviese en el mundo. Vuesamerced está muy poco más trasformado que cuando a diario nos veíamos hará dieciocho años, más o menos.

—Dígame, así Dios le dé buena ventura: ¿no es vuesa merced, el señor Leandro, que tiempo atrás fue bodegonero en un lugar que le dicen Cigales, tocando con Valladolid?

—Sí, soy —respondió el abuelo.

Y el otro continuó:

—Pues, ¿cómo no se acuerda de *Flechilla*, el bufoncejo, que no es otro que el pecador que tiene delante?

—¡Cuerpo de Dios! Que vos sois Flechilla —replicó el abuelo. Y por un buen espacio lo estuvo contemplando con la boca abierta—. Bien hacéis en decir que no os reconociera la madre que os parió si ahora os viese.

—Tales son las vueltas y encrucijadas que tiene el mundo, que bien puedo decir con la vieja cantinela,

Aprended flores de mí,
lo que va de ayer a hoy;
ayer maravilla fui,
hoy sombra mía no soy.

—¿Pues cómo ha sido este derrumbamiento que os trae por los caminos, viviendo de la caridad, que, aunque es cosa santa, no es buena vida?

—Desde que se acabó el amo —respondió *Flechilla*— que, como dijo el otro, muerto el perro, se acabó la rabia.

—Pues por lo que yo me acuerdo, ¿no le quedaba una hija al tal enemigo de Dios?

—Sí, pero como aquella muerte fue cosa muy extraña, fenecido el conde, todo se feneció; la hija, Floriana, tomó hábito en un monasterio de Valladolid.

—¿Que fue cosa extraña, decís, la muerte de aquel malvado…? —dijo el abuelo y prosiguió—. Así tenía que ser y no de otra manera, que ya dice el adagio que quien mal anda, mal acaba.

—Es asunto de tanta miga, que más por él que por necesidad, para consagrarle la meditación profunda y solitaria que requiere, ando yo en penitencia por los caminos —repuso el anciano bufón.

—Pues, ¿de qué mal murió? —inquirió el tío Leandro.

—Entiendo que del mal de conciencia —respondió *Flechilla*—, que tengo para mí que es la más cruel, y justa de Cuantas enfermedades flagelan a la Humanidad, porque es mal que radica en el alma y consume el cuerpo poco a poco.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Ya conocéis la crueldad y mala entraña que había aquel D. Rodrigo de Hinestrosa, conde de Fuensalida. En toda Castilla no había otro de más negro corazón.

Asintió mi abuelo.

—En las mazmorras y en los *in paces* de su castillo, siempre había infelices en tortura perpetua que morían de hambre y sed.

Proseguía el bufón.

—En la cámara del tormento y en lo alto de las almenas, nunca le faltaba que hacer al verdugo. Todos los días amanecía en el torreón del homenaje un cuerpo sin alma y destrozado por las alimañas del aire.

—Bien se está donde quiera que Dios haya dispuesto que se esté —dijo Leandro.

Y prosiguió el juglar.

—Pues de una de estas infames tragedias, a más cruel de todas, floreció su acabamiento.

Le rogó mi abuelo que se la contase, pues a ello convidaba lo avanzado de la mañana, que iba entrando por las veredas del mediodía, y la frescura y sosiego del lugar que convidaban al reposo y la charla amistosa.

—Eso yo haré de muy gusto —repuso *Flechilla*—, que a un tiempo mismo me sirve de meditación y de consuelo.

Y, acomodándose bien junto al tío Leandro, comenzó su historia maravillosa y ejemplar...

***

Aquí, lector amigo, será bien para descanso y comodidad tuya el ponerte las palabras de la señora Damiana de forma sencilla y aderezadas con la mayor amenidad que sea posible, de suerte que no te cause cansancio y enojo, para lo cual será cosa acertada servírtela toda en forma novelable.

Acaso con ello se le reste la sencillez e ingenuidad, que es encanto de toda conseja campesina, pero, en cambio, cree el que recogió esta que se gana mucho en el sentido ameno y deleitoso que ha de tener toda narración para no hacerse fatigosa.

Así pues, con tu venia, señor y dueño, olvidemos hasta el tiempo oportuno la cocina de aquella venta castellana a la margen de un camino de Segovia, con su cohorte de gañanes, soldados, labradores, mercaderes, frailes y enamorados, y comience la conseja (un tanto poemática) siguiendo el necesario curso de toda novela ejemplar, como obra que es de honesto y ameno esparcimiento.

LOA DE LA NIEVE

Lentamente y resbalando como ilusiones desprendidas de un corazón, va cayendo la nieve y así que llega al suelo, se cristaliza o se enfanga (como las ideas) y hasta que el Sol o el agua se lo conceden allí se está queda, siendo recreo de la vista.

Con todos sus rigores, con todas sus crueldades para los que no tienen abrigo ni hogar, es notable y peregrina cosa la nieve…

¿Dónde visteis artífice alguno que con más primor y gracia modele toda suerte de figuras, edificios, estatuas, acueductos, árboles, picachos, cumbres, desfiladeros y torrenteras?

Los edificios parecen más esbeltos, más gallardas las estatuas, los picos más agudos y más altas las cumbres.

¡Cuán bello sería que la nieve cuajara en la mar!...

Y más bello aún que Febo se extendiese plácidamente sobre ella en grandioso maridaje, sin desmenuzarla en charcas cenagosas y arroyuelos de fango.

***

La nieve es mortal enemiga del ruido y la palabra tiene la justa medida de su extensión.

Todo sonido, por recio que sea, queda medio enterrado en la nieve. El estrépito no encuentra el amparo del eco, y si la alegría de una copla echase a volar en un paisaje nevado, parece que torna a cobijarse en la misma garganta de donde salió.

***

No sino la humana vida representa esta *inmaculada señora* que todo lo trueca en caprichos.

Ved que es al fin del año cuando comienzan las nieves, y es al cabo del vivir cuando las esperanzas se hielan y ya no florecen ilusiones, y si algo amable resta dentro de nosotros es el recuerdo de las gratas, horas que se pasaron en la mocedad, cuando no se piensa que hay invierno ni noches heladas…

JORNADA PRIMERA

I

Todo el valle es como una inmensa sábana extendida.

Desde lo alto del castillo que se alza sobre una elevada roca, se antoja la aldea como un nacimiento, de los que hacen los muchachos por pascua de Navidad.

A la salida del pueblo, los pinos, siempre verdes, son los únicos que dan fe de que la Naturaleza no está muerta bajo el blanco sudario.

De vez en vez rompe la alba monotonía alguna aldeana, calzada con fuertes zuecos, que con la cantarilla bajo el brazo va a la fuente que está en la plaza, en el ábside de la iglesia.

Algún campesino, cobijado bajo su recia capucha, o un ballestero del feudo cruzan también, marcando reciamente su huella en el mullido piso, pero las del villano son más tenues, más imprecisas que las del hombre de armas, como si hubiese temor de profanar la nieve, que lo mismo que su vida, su hacienda y aun su honor, deben ser del poderoso, que, en la guarida de su fortaleza, se mira tan alto y aun más que el mismo monarca de Castilla.

Los pájaros, que son reyes del aire, se diría que también cruzan con recelo sobre las tierras del Condado.

Cuando pasan sobre él no se advierte el encanto de sus trinos, y aun parece que el tenue rumor de sus alas queda más apagado; casi puede decirse que vuelan quietos para no advertir su presencia.

En el mullido y blanquísimo tapiz hay huellas de pisadas lejanas.

La nieve que cayera después las ha vuelto a cubrir y no se advierte más que la clavazón.

Lejos se oye la voz pastosa de un mozo de mulas que acude a la labor, y el canto tiene esa opacidad de las cosas veladas, como si viniera a través de muchas capas de niebla.

Parece que los versos se parten en el aire, como cristales de hielo…

Algunas chimeneas se engalanan con un penacho de humo azulillo, y por todo el pueblo se esparce un grato olorcillo a paja quemada, que parece que conforta un poco el aterido cuerpo.

De alguna parte viene un sabroso aroma de pan caliente, pan recién cocido que aún no salió del horno, y da fe de que ya está dorado y blanco y ha de ser delicia del paladar y del estómago, migado en una escudilla de leche recién ordeñada…

A veces un gironcillo de sol se complace en rasgar el cielo gris, y enrojecer con su oro la plata del suelo, mas pronto torna a esconderse, como confuso de su audacia, y vuelven, sobre la aldea yerta, el frío y la tristeza.

El breve arroyuelo que circunda el pueblo también sigue su curso con parsimonia, porque en algunos trozos el agua limpia se endureció a las rudezas del ábrego.

Según como va avanzando la mañana, cede en su rigor la temperatura.

No caen ya los pertinaces copos.

Cesa en su rigor el aire frío, y el sol comienza a romper con más bravura los hierros de su cárcel, tendiéndose al fin por todo el valle, como una caricia.

Y este gesto amable de Febo es como dar vida a la aldehuela, que va desperezándose con muestras de mucho regocijo.

Es la primera en agradecerlo la chiquillería traviesa y volandera, que no es nada amiga de la quietud y encierro caseros.

Así, en cuanto ve el sol sobre la nieve, abren las puertas y echan a correr en loca bandada, como pájaros escapados, y ello es con gran beneplácito de quienes tienen que sufrirles en casa las voces y las tropelías.

Y allí es el solazarse y enredar entre la nieve a todo su talante y gusto, que no hay idea que no pongan luego por obra.

***

Comenzaron por apedrearse muy bien con puñados de ella, formando bolas que poco a poco rodando sobre su misma materia iban tomando extraordinaria magnitud.

Bastó el que a uno solo se le ocurriera, para que en seguida los demás siguieran su ejemplo, y en un breve espacio, por muchos puntos la tierra mojada y fría dejara ver su aridez por entre los jirones del manto de armiño.

Algunos, cuando ya tenían una bola razonable, a la que solo con el ímpetu de todas sus fuerzas reunidas podían mover, la empujaban hasta un talud, diciendo:

—Éramos Dios, que mandábamos nevar —la arrojaban al fondo, y miraban cómo se desgajaba y deshacía entre las piedras y los troncos serrados, perdiéndose al fin en lluvia tan menuda como la que caía del Cielo.

Ello era celebrado con tanta algazara y gritería, que se diría que les acontecía la mayor ventura del mundo, pero ya es sabido con qué poco se labra la felicidad de un niño. ¡Ah, si todos los que hemos dejado la niñez tuviésemos las almas tan propicias al contento!

***

Mas, de pronto, quedó roto el bullicio y truncada la alegría.

Las vocecillas quedaron sin sonido en las gargantas.

Muchos echaron a correr, y algunos, como petrificados por el terror, no acertaban a dar un paso.

Por la rampa del castillo bajaba hacia el llano una pequeña comitiva, formada por arqueros, pajes y dos dueñas.

—¡El Conde! —acertó a decir uno de los muchachos.

Pero uno de ellos supo tener más serenidad, y, como vio las dueñas, dijo:

—No es el conde, sino la marquesa.

Y esta voz fue como la del pastor que con un silbo retiene y sujeta al ganado espantadizo.

Eso ya era otra cosa.

Todos se agruparon alrededor del que había tenido fuerzas para sobreponerse a la realidad.

Y ya, sin recelo ni espanto, vieron salir del parque a la marquesa, y adentrarse en el valle para seguir con los suyos el curso del arroyuelo, que era paseo que no dejaba de dar, como no fuese en los más rigurosos días del invierno, pero habiendo un poco de sol por pretexto, no le perdonaba.

Algunos recelaron que tras ella saliese el conde, su padre, pero el mayor de los muchachos, que era hijo del guardabosque, y sabía muy bien las costumbres del castillo, les devolvió la tranquilidad con decirles que el conde no gustaba de salir en los días de frío.

Y luego comenzaron los laudos a la marquesa Floriana y las censuras al Conde.

Cierto que ella no parecía flor de planta tan dañina.

Su bondad se extendía sobre toda la comarca, y allí donde había un infortunio, aparecía como consuelo la mano de la marquesa. Si alguna vez manó del empedernido corazón de su padre alguna gota de piedad, no sino a los ruegos de la hija se debió el portentoso milagro.

—Me quiere como una hermana —habló una muchachita rubia como las candelas, a la que llamaban *Peluquines*, porque sus encendidos rizos como hilillos de oro le caían

graciosamente sobre los grandes ojos, que eran como dos luceros en un amanecer de abril—. El otro día la encontré a la entrada del puente verde y me regaló una hermosa cinta de seda que se arrancó de una manga.

Y otro chicuelo dijo:

—No hace mucho que también me la encontrara yo por donde los álamos blancos, y como me quedé mirando con envidia la pluma que Giraldillo el paje llevaba en el birrete, con su misma mano tomó la prenda la marquesa y me lo puso. Allí lo tengo guardado en casa, que mi madre no me lo consiente lucir hasta la fiesta mayor.

—Famoso estarías con él —le dijo *Peluquines*—. No tienes tú cabeza para un birrete tan chico. Dice tu madre que, cuando te va a hacer un gorro, si no estás en casa, toma medida a una bola del puente y le sale justa.

El zaherido se avergonzó mucho de la burla y echó a correr tras de la osada, que tuvo que valerse del bullicio que en los demás produjo su diatriba para quedar libre de la venganza.

Otro comentó y trajo a cuento algunas fechorías del tirano.

Cuando hizo cortar las manos a Pablillos el porquero, porque un día, inadvertidamente, le espantó la caza con la piara.

Otra vez, que hizo desollar viva a una gitana que no le predijo buena ventura.

Y Andrés, el hijo del guardabosque, habló de cómo las cercanías del parque estaban cuajadas de cepos, para cazar a los desventurados que merodeasen por allí al olor de la caza furtiva. Que después de cogidos eran asesinados bárbaramente por la misma mano criminal de su excelencia.

Pero *Peluquines*, que era la más audaz de toda la chiquillería y la que mejor concepto tenía de la vida, pues sabía sobreponerse a estos pesimismos, comenzó a darlo todo de barato, acabó por llevarlos de nuevo al juego y a la algazara.

II

Ya cansados de jugar y apedrearse con los copos de nieve, e imitar a la voluntad divina nevando sobre los fondos de los precipicios, pensaron en hacerse artífices labrando bultos y extrañas figuras que querían representar personas y cosas.

Era el más hábil dé todos aquel Andresillo, hijo del guardabosque.

Dicen que tan buena disposición mostraba, que muchas veces le había dicho a su padre el señor vicario que en cuanto supiese leer de corrido y algo de pluma, sería bueno enviarle a la villa con algún maestro de imágenes. Y quién sabe si andando los días, fuese Dios servido de que honrase a su patria y el apellido humilde de sus mayores.

Y parece que el buen hombre no se determinaba, no tanto porque pusiese en tela de juicio los talentos artísticos de su hijo, sino porque le dolía separarse de su lado.

—Déjese de eso, padre —decía—, aunque el muchacho llegase a tanto como piensa su merced. Nacido en humilde, pero honrada cuna, ¿qué tiene que ser más que un villano como su padre? y créame que, siendo limpio de corazón y de buena índole, ya tiene harto para vivir, aunque no para medrar…

Insistía el bueno del clérigo en que no es bien ni conduce a nada práctico el torcer las inclinaciones de los muchachos como ellas sean buenas, pues que muchas veces, empezando como juegos propios de la edad, van encaminadas a un fin glorioso.

¡De cuántos hombres insignes se sabía que mostraron desde niños la ruta de lo que fueron andando los años! De infantiles misticismos se habían formado bienaventurados que a la hora presente triunfan en los altares. De juegos y chiquilladas salieron muchos caudillos que en días difíciles dieron grandeza y esplendor a su patria haciéndola vivir en el respeto y temor de enemigas naciones.

—Deja, pues, al muchacho —decía su reverencia—, que tiene en la mente savia bastante para ser más que tú. Cuando pasen dos años, envíale a la ciudad, yo tengo en ella quien se encargue de él y le mire como cosa propia. Quién sabe si un día me lo agradecerás tú y me bendecirá él. El muchacho tiene madera de ser alguien, y aquí encerrado entre estas montañas, no podrá ser nunca más que un destripaterrones como tú. Y como lo fue tu padre.

El hombre agradecía el interés del cura, pero por el mucho amor que tenía a su hijo no le cuajaba la idea de arrancarle de junto a sí.

***

Los muchachos acucian a Andresillo para que haga lo que tan bien sabe, y el muchacho, que para hacer su gusto no necesita acicate, presto se dispone a ello.

—Acábame el retrato que ayer me comenzaste —le dice *Peluquines*.

—Si prometes estar quieta —la amonesta el artífice.

Da la muchacha por cumplida la promesa, y luego es emprendida la labor.

En un momento, apelmaza Andrés montones de nieve, y después de bien golpeados con una pala de lavar, comienza ayudándose de ramas secas y un cuchillo sin punta a dar forma humana al albo amasijo.

Peluquines, sentada sobre un tronco carcomido que cayó a las crudezas de enero, resiste serena por más de media hora el martirio de la quietud.

Los otros ofician de críticos antes de que la obra termine de salir de las manos de su autor, que ya están amoratadas y casi insensibles.

Comienzan a aparecer los rasgos de la gentil muchachita, y es el primero que se señala con más vigor una retorcida guedejilla que viene a caer sobre el ojo izquierdo de forma que parece graciosa y exuberante continuación de la ceja.

En seguida la nariz correcta, de línea impecable…

Los mirones claman:

—¡*Peluquines*, *Peluquines*! ¡Está clavada!

—Un instante más —dice Andresillo—, y la veréis que es ella misma.

Pero la nena tiene agotada la paciencia. Su travesura infantil no es dueña de los nerviecillos, y gritando:

—Basta por hoy, señor artífice —baja de su estrado y se va con los demás a contemplar la obra. Le parece bien en principio, pero no le satisface en su totalidad.

Se encuentra ella más bonita. Aquel mohín gracioso que ella acostumbra es más gracioso en su cara que en la superficie de la nieve. Luego las crenchas que le caen sobre los ojos son más rizadas y más huecas.

—Lo que este hace mejor —dice— es el retrato del Conde. Anda, Andresín, hazlo. Veréis con qué soltura le ha cogido el gesto, y, como la estatua no tiene corazón, es talmente estarle viendo.

El parecer de *Peluquines* ha caído muy bien en la opinión, y todos piden a coro que el maestro traslade a la nieve la dura imagen del tirano.

Él se resiste al principio, pero cede al fin.

Queda deshecho el busto de la rubita encantadora, y en su misma materia comienzan a insinuarse las ásperas facciones de Don Rodrigo.

Cada uno recomienda un detalle en su deseo de que el traslado sea obra perfecta y acabada.

Hay quien desea que la negrura del alma triunfe sobre la blancura de la nieve...

Y mientras Andresillo se emplea en su obra, los muchachos, cogidos de las manos, danzan alrededor cantando muy por lo bajo una letra que es letanía de las fechorías de Don Rodrigo de Hinestrosa.

III

El tirano intentaba divertir el mal humor con asalariado ingenio de su bufón *Flechilla*, pero por lo que parecía, no estaba aquel día el hombre para gorjas, y así, todas las gracias le salían desvaídas y de poco meollo, por lo que el amo le arrojó de su lado de mala forma, que de no desviarse a tiempo el hombrecillo, le habría cruzado muy bien el rostro con el látigo perrero que de ordinario traía en la mano.

Desde los vitrales de su cámara contempló la campiña, y por un buen espacio solazó la vista con la armonía blanca de los cerros y el valle.

Como la nieve había cesado de caer y el sol se tendía suavemente poniendo sobre la plata sus reflejos de oro, quiso gustar libremente de la belleza del paisaje.

Llamó a sus pajes y ballesteros, y, tomando un arco por si se le ofrecía alguna caza, salió de la fortaleza.

Tuvo primero buen cuidado de preguntar si había acontecido alguna novedad durante la noche, y la novedad que esperaba era si algún desgraciado había caído entre las garras de sus esbirros o en los dientes de aquellos cepos ocultos en las cercanías del parque feudal.

Le respondieron que no se había ofrecido ocasión de dictar justicia, y, sintiéndolo mucho, emprendió la marcha, seguido de su cortejo, en el que no faltaba *Flechilla* el bufón.

Según los aprestos que llevaba, se creería que iba dispuesto a una gran partida de caza.

Ni jaurías ni halconeros faltaban.

Pero los sabuesos antes estaban hechos a perseguir hombres que alimañas del monte.

Oteaban la huella humana con verdadero deleite.

Desdichado que lograra hallarse libre de la infame policía del tirano pocas eran las veces que podía vanagloriarse de tamaña ventura como fuese encomendado su seguimiento a los crueles canes, que dicen que no los había más feroces para desmenuzar la presa entre los dientes como garfios y carlancas.

***

Antes de dejar el parque, ya se le ofreció a Don Rodrigo tirar a unas garzas, y no desaprovechó la ocasión.

Pidió el arco, lo armó, lo tendió sin fijar mucho la puntería, picó la cuerda, un suave silbido hendió los aires, y con singular precisión el acerado dardo se hincó hasta la mitad en el blanco cuerpo de la infeliz bestezuela.

Era de rigor que toda la cohorte quedase maravillada de la destreza del amo, y así no hubo alabanza que no quedase prendida en elogio de su maestría.

Flechilla improvisó un epigrama laudatorio, que el cronista del feudo asentó en el libro de los grandes hechos del Conde, bajo este prolijo título:

«Habiendo el serenísimo señor Don Rodrigo de Hinestrosa, Conde de Fuensalida, dado muerte con singular destreza a una garza blanca que volaba muy alto, compuso este vejamen panegírico su hombre de placer...»

Continuaron señor y vasallos hacia el valle, y, como aquel iba de buen talante, todos mostraban caras de regocijo y buen humor, como hombres satisfechos y gozadores de la vida.

Llegados que fueron al *rollo* de la aldehuela, en cuya hornacina se podría, comida de grajos, la cabeza de un malaventurado reparó Don Rodrigo en el grupo de los muchachos que acompañaban a Andresillo en su labor escultórica.

—¿Qué es aquello? —preguntó.

Y le respondió su escudero Gracián:

—Señor, por lo que parece, una efigie de nieve que se entretienen en levantar los muchachos.

Se paró de pronto y dijo tendiendo el arco:

—Desde aquí mismo voy a enviarle un mensaje.

—Mis cascabeles de plata contra diez escudos de oro —propuso *Flechilla*— que no le dejas la cortesía en el corazón.

—Doblo la apuesta de mi parte y la rebajo de la tuya a que hago el blanco más difícil de lo que me propones —respondió el Conde.

Flechilla preguntó:

—¿De qué manera?

Y el tirano respondió picando la cuerda:

—De esta.

Y la flecha hendió los aires.

Del grupo de los muchachos salió un alarido de angustia y horror, y aun el mismo juglar no pudo contener el que le subió a los labios desde el fondo del alma.

Sin inmutarse, volvió el señor el rostro hacia los suyos y dijo con tono satisfecho:

—Bien podéis decir que soy el mejor arquero de tierras de Castilla. Aposté que haría el tiro más difícil y ahí lo tenéis. De un solo tiro pasé estatua y artífice. *Flechilla*, soy generoso y te perdono la apuesta. Ven ahora conmigo y verás si erré en solo un punto.

Y se dirigió hacia donde había hecho el mal recaudo.

Todos le seguían en silencio.

Esta vez, aunque mucho podía la adulación, no hubo una boca que celebrara el lance, en la mente de *Flechilla* a fe que no arañó el ingenio para urdir nueva gorja, sino la compasión humana y piadosa para aderezar una plegaria…

IV

Así como vieron los niños la causa de aquella felonía, echaron a correr, dejando a Andresillo sin más consuelo y amparo que el de *Peluquines*, en cuyos brazos vino a caer.

Llegó la comitiva.

Se paró delante del moribundo, y el Conde, sin atender a otra cosa que a su barbarie, exclamó:

—Ahí lo veis. En medio del pecho tiene clavada la flecha, y la misma punta se entró en la parte en que la efigie habría de tener el corazón.

Ninguno habló.

El muchacho perdía la vida por momentos.

Peluquines, abrazada a él, lloraba y quería restañar la sangre, mas toda ella se pintaba del bermejo licor de las venas.

Los ojos de Andresillo, teniendo ya en sus pupilas vidriadas el postrero reflejo, se tornaron hacia donde el infeliz oía la voz de su verdugo y le habló de esta suerte:

—Señor: La vida se me va por los labios de esta herida que en el pecho me abrió vuestra mano. No sé yo de mí que nunca os hubiera hecho mal alguno, que mereciera tan rudo castigo. A Dios que nos tiene que juzgar a todos en el día del juicio, le remito este pleito.

Le dio a este tiempo un paroxismo tal, que todos entendieron que allí estaba su último aliento.

Ni el conde ni los suyos intentaban hablar ni aun moverse siquiera: tanta era la impresión recibida.

Andresico abrió nuevamente los ojos y prosiguió hilando sus postreras palabras:

—Ved esta sangre mía, que va a encharcarse entre la nieve, vuestra crueldad la derrama, y tal pudiera ser que ella fuese un día vuestra redención. Don Rodrigo, yo labré en nieve vuestra efigie, que durará todo el tiempo que dure en estas montañas y cuencas la crudeza del invierno, pero cuando llegue la primavera con sus flores y el sol con su oro, vuestra imagen quedará hecha barro y se empapará en la tierra. Vuestra vida seguirá la misma suerte, y así, al fundirse la última gota de la efigie, exhalará vuestra alma el último suspiro e irá a dar cuenta a Dios de este mal entuerto que hoy habéis hecho. Rogad, pues, conde, porque la nieve sea eterna en vuestros lugares.

Y, tras esto, teniendo los ojos fijos en el rostro del Conde, acabó su vida…

Peluquines, llena de angustia, apretaba contra su pecho el inanimado cuerpo de Andresico, queriendo darle vida con el calor de sus besos.

En este punto se abrió plaza por entre el grupo de soldados y pajes la marquesa Floriana, y cuando vio el cuadro y a su padre muy fuera de su natural altivo y cínico ante una tragedia, preguntó:

—Pues, ¿qué es esto?

Y la niña de los rizos de oro respondió, poniéndosela de rodillas y con los brazos en cruz.

—Señora, marquesa Floriana. Vos, que sois un ángel de la tierra, pedid justicia al rey de los cielos contra esta infamia. Vuestro padre ha matado villanamente a mi hermano, y le ha matado por la maldad cobarde de la que está lleno su corazón, que no le consiente medrar sin el daño del prójimo.

Mas la Marquesa, viendo que era su padre el causante de aquel dolor, no tuvo fuerzas más que para tornar la vuelta llorando hacia la fortaleza.

Tras ella siguió el Conde, silencioso y cabizbajo. Y en el valle quedó *Peluquines* abrazada al cuerpo yerto e implorando de esta suerte, sin dejar de mirar la efigie:

—Hermana Primavera, ven pronto y mándale al sol que haga justicia...

***

Esta fue en sustancia la primera jornada del cuento de *Flechilla*, y en verdad que era famosa y la más peregrina que jamás se ha escuchado que sea relación de crueldad humana.

Maravillado estaba oyéndola el viejo Leandro, y no fueran bastante para sacarle de su asombro cuantos prodigios pudieran acontecer en aquel supremo instante. Muchas fechorías conocía él, y aun había presenciado del señor Don Rodrigo de Hinestrosa, pero de entre tantas, no había una que pudiese codearse con aquella.

—Ya la pesadez del día parece que se hace sentir —dijo el viejo bufón—, y, si a su merced por acaso la monotonía del sueño le hace pesadez en los párpados, bien puede cortarse la narración mientras descabeza un sueño, y no le vendrá mal, si, como es de presumir, se ha levantado al amanecer.

A lo que vivamente respondió el viejo.

—¿Cómo si me da sueño? Antes no dormiré en cien noches como no sepa en qué vino a dar aquel pleito, seguid por vuestra vida así Dios os dé buena muerte, y como no seáis vos el que se cansa, no ceséis de hablar hasta tanto que dejéis la historia bien rematada, porque no haya luego ingenio advenedizo que la tome en los puntos de la pluma para medrar a su costa.

—Pues vaya con vuestra licencia —dijo *Flechilla,* y prosiguió su conseja.

JORNADA SEGUNDA

I

Todo es tristeza en las vastas estancias del castillo desde hará tres meses.

Las postreras palabras de Andresico y las miradas vengativas de los ojos verdes de *Peluquines* han caído tan de lleno en el podrido corazón del tirano, que está enfermo de un mal extraño, que dice que le tiene de acabar para cuando el muchacho pronosticó.

No sale de su aposento. Ya no se ocupa tampoco de hacer el mal por negrura de su alma, que es yerma para el bien y la misericordia.

Las mazmorras de la fortaleza no encierran ya ningún infeliz encadenado, y maese Marcos, el Lobezno, como le dicen al verdugo, no tiene en qué emplear su mal oficio, y así, sus hierros, sus polios, sus ruedas y sus cuchillos, se llenan de orín en los rincones de la cámara del tormento.

Se acabaron los aprestos de caza.

Las jaurías y los caballos se revuelven inquietos en las cuadras y en los corrales, y los halcones, febriles, otean la carne blanca y graznan añorantes y crueles.

Parece que sobre el castillo ha pasado la Segadora y tiene la guadaña prevenida.

La marquesa Floriana apenas ve a su padre, porque este a nadie quiere ver, y la mayoría del tiempo lo pasa arrodillado ante un crucifijo.

Teme la claridad del día, y no quiere más luz que la de unos cirios verdes, que arden en el centro de la cámara, como si fuesen luminarias de su cadáver. Los aduladores rastreros, que son esbirros de su crueldad, le tienen hecho creer que ello es bueno y saludable, y los astrólogos le dicen que el invierno será muy largo, con lo que triunfarán perpetuamente las nieves sobre las cumbres de las montañas.

Flechilla el juglar, que vio de cerca el crimen, ha perdido el humor, y no se le ocurre cosa que mueva a risa y regocijo. Antes tenía burlas y dichos de mucho donaire, que conseguían a veces disipar un tanto la crueldad de su amo, pero ahora anda triste y desvaído por patios y aposentos, y, si alguna vez quiere Don Rodrigo probar a distraerse con alguna chanza nueva, presto le tiene que arrojar de su lado, porque en lugar de desvanecérsele, se le aumentan la tristeza y melancolía.

En el valle y en la sierra sigue triunfando el invierno con todo rigor, que hace muchos años que no se ha conocido otro tan cruel. Los más viejos aldeanos lo dicen, y parece que toda la aldea tiene más anhelos que nunca porque florezcan los jardines y den frutos los árboles.

Como un eco viene hasta los altos del castillo, después de haberse enseñoreado del valle, la voz blanca y penetrante de un pastor que canta.

¡Blanca nieve de la Sierra
blanca nieve!
Vive eterna en las montañas
que de tu vida depende

la vida de un alto príncipe
que sin tus fríos se muere.

Sé extremosa en tus rigores,
aunque a la tierra le pese,
aunque los hombres se mueran
aunque los campos se yermen.
¡Blanca nieve de la Sierra
blanca nieve!

No en arroyuelos te fundas
por las rápidas vertientes,
que al dejar tú la comarca
la vendrá a ocupar la Muerte.
No vivas solo en las cumbres,
baja al valle, que depende
de tu vida la de un príncipe
que sin tus fríos se muere.
¡Blanca nieve de la Sierra
¡Blanca nieve!

Poco antes, esta balada hubiese costado la vida a quien con tanta maestría la cantaba. Ahora, hizo el milagro de que el conde de Fuensalida cayera de rodillas ante el Crucifijo de su aposento, implorando:

—Señor, Señor, piedad.

Y a poco le hallaban sus siervos privado de sentido a los pies del reclinatorio que era altar de su conciencia arrepentida…

***

Aquella mañana, por ver si se animaba algo el ánimo abatido del Conde, quiso la marquesa, su hija, simular que las muchas querellas del pueblo demandaban justicia, y para ello era menester que Don Rodrigo se sobrepusiera a sus propios pesares y concediera audiencia.

Se mostró conforme y luego se avisó que unos cuantos vasallos, ganados con doblas, subiesen a la Cámara condal, y allí formulase cada uno las quejas convenidas.

El país era pobre, el hambre era mucha, y así no faltaron hasta dos docenas de aldeanos que se prestaran a la farsa. Aun algunos muchachos de aquellos que en el día triste jugaban con Andresillo en torno de la estatua, subieron cogidos a las sayas de sus madres.

Silenciosos y humildes como era su condición, subieron por aquellas escaleras, y pisaron aquellos salones que jamás hasta entonces hollaron sus plantas.

No estaban del todo limpios de espanto, y tal hubo que quiso arrepentirse pensando que iba a un encerradero ordenado por el conde para distraer su murria.

Floriana, intensamente bella y mortalmente pálida como una azucena, los recibió en su cámara, y los trató con el afecto amable que solía, teniendo para los mayores palabras de seguridad, y para los muchachos golosinas y besos.

Y habló así:

—Hermanos, que no de otro modo puedo llamaros, puesto que siempre lo fuisteis para mí y tantas veces rogué para vosotros un poco de amor y clemencia: necesito ahora más que nunca del cariño y pleitesía que me tenéis mostrado, y no dudo que por ser yo misma quien os lo pide, y a punto de derramar lágrimas, vendréis a concedérmele. Desde aquel infausto día, cuyo recuerdo me hiela el corazón y me abrasa los labios, mi padre se niega a tomar parte en los negocios de su estado, piensa en que está amenazado de muerte, y arrepentido de sus hechos pasados, solo procura la tranquilidad de su ánima. Si entre todos no le ayudamos a reanimarse a complicarle en la realidad, pienso que no tardará mucho en ser cierto su temor, y yo no quiero que mi padre muera, por esto os he llamado, para que me ayudéis a levantar su espíritu. Acudid a él en audiencia fingiéndole querellas y pleitos, si verdaderamente no los tenéis y, si acaso dictase sentencias injustas y crueles, cosa que no lo espero según lo abatido que está su espíritu, no paséis cuidado alguno, que yo me encargaré de que no se cumplan. Ahora, venid conmigo, y pasando ante los asombrados campesinos, ella misma los guio a la cámara del conde.

***

Estaba la estancia como ya se ha dicho, toda cubierta de tapices, de manera que a través de las miniadas vidrieras no se vieran ni el cielo azul ni la campiña, que por algunos sitios se rebelaba contra la crudeza del invierno, mostrando la tenue esmeralda de los prados.

En el centro de la estancia lucían unos cirios tristes, alumbrando el libro de los Evangelios, en los que de vez en vez leía un capuchino muy barbado y esquelético.

En el fondo de la estancia, hundido en un alto sitial, se adivinaba al señor, más que se le veía; a sus pies reposaba somnoliento un terrible mastín, que al advertir la invasión se levantó iracundo y fiero. No fue necesario más de que la marquesa le llamase por su nombre, para que rezongando tornase a su puesto.

Don Rodrigo alzó los ojos tristes, y siguió sin moverse.

Se le acercó Floriana, y con muestras de mucho cariño le besó en el rostro y le acarició contra su seno como si fuese niño de poca edad.

Luego le habló:

—Mirad, padre mío, son las gentes de la aldea. Vienen unidos a pediros justicia y a besaros las manos. Atendedlos, padre y señor.

Y, volviéndose a los pecheros, que de puro confusos no acertaban a estar, les dijo:

—Acercaos y hablad, mi padre os escucha.

Pero ellos no se movieron.

Al fin uno que parecía más decidido que los otros, se destacó un poco del compacto grupo y avanzó unos pasos hacia el medio de la estancia.

Formuló no sé qué pleitos mentidos, que ni siquiera fueron escuchados por el conde, que estaba muy lejos de aquel lugar (en el fondo inmenso de su conciencia).

Después se adelantó otro campesino y también se dolió de la pesadumbre de impuestos y alcabalas, pidió más caridad, puesto que el invierno había sido malo y se esperaba poco provecho para el estío, y también se apartó con el mismo silencio por respuesta de la parte del conde.

Dos o tres más continuaron la farsa, y ya cada uno más medroso, recelando por el silencio y la sombría mirada del tirano, que todo aquello no pararía en mucha ventura para los pobres.

Traspasada de pena, la marquesita Floriana determinó que se retiraran y como pleitesía desfilasen ante su padre y le besaran la mano.

Y esto parece que animó un poco el espíritu del de Hinestrosa, pues llamaba por su nombre a alguno de los que le eran conocidos.

—Adiós, buen Gracián. ¿También tú viniste, el más invicto zapatero de la comarca? He aquí, el señor alguacil mayor de mi villa.

Pasaron los muchachos, asidos a las faldas de las mujeres.

Don Rodrigo, atenazado por el recuerdo de Andresillo, quiso sobreponerse y les pasaba la diestra por las cabelleras, pero ellos, medrosos, huían la caricia y alguno rompió en amarguísimo y desesperado llanto.

Aún tuvo el hombre fuerza para consolarle y fortalecerle el ánimo.

Pasó la última *Peluquines*, aquella linda rubita, quien muy fijamente clavó sus ojos azules en los tenebrosos de su excelencia.

—Y tú ¿qué quieres? —le preguntó, queriendo aderezar en sus labios finos y secos una sonrisa de bondad.

La muchachuela se apartó y, alejándose sobre las puntas de los pies, respondió con voz clara y serena, que era como un reto al cielo:

—Yo quiero que brille el sol. Un sol muy fuerte como el que hace por el agosto.

El conde se replegó hasta el fondo del sitial, como una alimaña herida, y se cubrió los ojos con las manos.

Como petrificados quedaron los villanos, y las damas de la marquesa quisieron apoderarse de *Peluquines*. Mas la voz dolorida de Floriana dijo quedamente:

—Dejadla ir.

Y luego, a la demás gente.

—Salid todos. Dejadme con mi padre…

II

Poco a poco se acercaba el triunfo de mayo.

La nieve comenzaba a descender del monte al llano; los torrentes, los ríos y los manantiales crecían su caudal, y ya en los cuerpos comenzaba a sentirse esa dulce laxitud y desasosiego que anuncia la primavera florida.

Los muchachos de la aldea se olvidaron ya del mal fin de Andresillo y de los rigores que el conde solía, y jugaban a todo su albedrío en la misma rampa de la fortaleza.

Muchas veces sus voces llegaban hasta los oídos del conde, que se consumía, entre cirios y tapices que no dejaban llegar hasta él la alegría del sol ni el perfume de los campos.

Allá en una loma, junto a una fuente, la efigie de su excelencia comenzaba a fundirse en agua cenagosa, que iba a fecundar las leves raíces de unas florecillas humildes, de estas que sin amparo ni cuido de nadie nacen a la margen de los caminos.

Peluquines pasaba todos los días ante ella y era como la cuidadora de mantener firme la predicción del camarada muerto.

Las facciones estaban casi borradas.

El parecido se lo comió casi por entero el sol en los primeros días que salió con un poco de brío, y, al compás de la duración de la estatua, iba la salud del tirano D. Rodrigo de Hinestrosa.

Dicen que cada día le tomaba un nuevo decaimiento, y según avanzaban los encantos de la estación florida, se acercaba más hacia la huesa el vivir del conde.

Continuaba la tristeza en la estancia sin luz, y la hipocresía de las gentes, aún, pugnaba por mentir crudezas de invierno.

Todos los servidores cercanos al conde andaban vestidos con nutrias y grandes ropones, como si el frío fuese intensísimo y no hubiese forma de contrarrestar sus efectos.

Solamente después del escaso yantar consentía el conde que le acompañara *Flechilla* con intención de distraerle, ahuyentándole un poco la tristeza con burlas y veras; pero el pobre juglar cada vez tenía peor arte para aderezar sus chocarrerías y así el conde terminaba por aburrirse más y llegó a no querer escucharle.

El recuerdo de aquel mal suceso se había aferrado como un garfio a su alma y en la soledad de su estancia, allá en el rincón de una torre, tenía llorado y rezado mucho por el alma del infeliz Andresillo, que dejó esta vida de tan mala y traidora muerte.

Una tarde, que llevaba ya muchas sin aparecer ante su amo, le pidió este que mirase a distraerle de alguna manera, pues le parecía que se encontraba con más ánimos para la gorja que había tenido en mucho tiempo, y así con poco que el bufoncejo pusiese de su parte le daría placer.

Flechilla, o sincero o cortesano, le replicó de esta manera:

—Primo mío: Yo bien quisiera alegrarte y tras de ello ando con más afán que nunca, pues que te veo el alma acongojada, pero ¿cómo quieres que lo consiga si la tristeza de tu corazón tiene reflejo en cuantos te rodeamos? Intentaré satisfacerte y, si ello no es posible, perdona y arrójame de tu lado, que también puede ser que voy pisando las lindes de la vejez y con los años se me va el humor.

—Di lo que quieras —le respondió el amo—, si no son gorjas, mira si te acuerdas de alguna trova sentida, que todo lo que nace de las fuentes de la imaginación es ingenio.

—Te diré hoy, primo Rodrigo, dos cosas al aquel de mi oficio: una de ellas que compuse esta noche es como una profesión de fe de este triste menester que tenemos los bufones, y es el alegrar a sueldo las penas ajenas, echando a un lado las nuestras, y es la otra una conseja o ejemplo de esto mismo.

—Venga en buena hora, *Flechilla* —tornó a hablar D. Rodrigo—, que como sea de buen arte no me parecerá mal.

—Pues vaya, con tu venia —y dijo así:

Soy un hidalgo juglar
que va sembrando alegría
donde florece un pesar,
tanta he llegado a sembrar,
que me quedé sin la mía.

—Bien va eso, señor melancólico —exclamó el conde, por vía de saludo—, sigue, que me parece trova de buena ley.

Flechilla prosiguió de esta manera:

—Si me encuentro en un vergel
un mirto, lo he de arrancar,
y en su lugar,
miro a poner un clavel.
El mirto, es flor preferida
de la muerte, y suele en ella
haber la toca prendida,
el clavel, es la flor bella
de la vida.
A fe que hartas veces son
las que en una carcajada
suelo sacar mancillada
y estrujada
la pena de un corazón.
Que es mi oficio hacer reír,
sin entretenerme a ver dónde
se empieza a perder
la alegría del vivir
y comienza el padecer.
Si encuentro una burda trama

tejida sobre una pena,
dóila al viento a boca llena,
aun viendo que el epigrama
marchitará la azucena.
Sabed que en mí el pundonor
podréis de continuo hallarle
en mancillar el honor,
no en encumbrarle.
La burla es mi religión;
todas las creencias mías
han puesto su devoción
sobre un grotesco montón
de ironías.
Mi duelo a nadie confío
porque no se mofen de él...
y suele ser más cruel
cuando más fuerte me río...

Soy un hidalgo juglar
que va sembrando alegría
donde florece un pesar,
tanta he llegado a sembrar,
que me quedé sin la mía.

Y terminó la trova con tanta tristura, que, ciertamente, el malaventurado *Flechilla* no la hizo sincera en ninguno de sus versos, porque cada uno, según iba cayendo de sus labios, era un hilillo de tan profunda melancolía, que aun en pupilas que no habían llorado nunca, pusieron el dulce pesar de una lágrima.

Y por un buen espacio, hubo en la estancia un augusto silencio, el cual rompió *Flechilla*, diciendo:

—Reparemos en lo posible este mal rato, ahora que se me acuerda una glosa de aquella copla que se canta:

«El cura de mi lugar
tiene la sotana rota,
se la rompió en un bardal
por correr tras de una moza»

y después de esta diré la conseja que anuncié antes.

—Venga la glosa, a ver si nos desarruga un poco el corazón, que se nos ha quedado como una avellana —habló el conde, y *Flechilla* canturreó con voz socarrona y de no mal timbre:

¡Virgen madre! cómo viene
¡Cómo viene, señor cura!

Diga, si a decir se aviene,
¿Cómo fue esa rasgadura?
Pero ¿dónde pudo andar?
Ay, y cómo me pluguiera
el saber dónde anduviera
el cura de mi lugar.

No me diga ¡vive Dios!
que se enganchó en la falleba
de la puerta y se hizo dos,
padre, la sotana nueva.
¡A fe que se me alborota
la sangre y me perdería!
diga: ¿Por qué cada día
tiene la sotana rota?

Muy bien, padre, sé de aquesas
pláticas que sin breviario
tiene con las feligresas
dentro del confesionario,
y sé cómo aqueste mal
no ha sido mal de falleba,
pues que la sotana nueva
se la rasgó en un bardal.

Dígame, ¡padre traidor!
(pues tales pláticas trama):
¿para pláticas de amor
no le dio el Señor un ama?
¿por qué con otras retoza?
...No me hable más en su vida
quien trae sotana pulida
y toda se la destroza,
que deja el alma transida
por correr tras de una moza.

Ya esta vez acertó el juglar a poner un gesto de alegría en todos los rostros, y en verdad que no hacía nada bien entre tanta tristeza como se respiraba en aquel ambiente.

Mas no quiso *Flechilla* que se le quedara dentro la conseja que prometiera, y dijo:

—Vaya ahora el rabo que por desollar queda, y a fe que siento que no tenga la algazara de lo que acabo de decir, pues marchitará el buen humor que os había florecido, pero, paciencia, que ya sabemos que de esta conformidad son las jornadas de la vida, el reír y el sufrir van de la mano, y que si alguna vez se apartan no es por mucho tiempo, pues no se hallan el uno sin el otro. Vaya en tu honor, marquesa mía, pues que eres el espíritu más

delicado de cuantos tienen la dignidad de escucharme, y de esto no se me ofendan ni lo tomen a falta de cortesanía, pues donde está una mujer siempre se congrega lo mejor, y ahora, oíd:

Esta era un rey que tenía
para matar el pesar
Y de una intensa hipocondría,
un juglar.
Sus farsas y sus consejas
como ejemplares quedaron
y a reinas nuevas y viejas
solazaron.
Tanto donaire ponía
en las farsas que inventaba,
que nadie la primacía
le usurpaba
en urdir con más gracejo
cuentos para su señor,
en fin, a tu juicio dejo
su primor,
que no conozco un cristiano
(de no estar fuera de juicio)
que diga bien de un hermano
de su oficio.
Hubo un día en que el juglar
tanto y tanto se rio,
que a la luz crepuscular
se murió.
Mucho sintió el señor rey
la muerte del pobre loco,
que le fue tomando ley
poco a poco.
Quiso verle; levantar
mandó el tul que le cubría,
y vio el rostro del juglar
que reía…
«Hombre genial, ya finaste
la jornada del vivir,
—dijo el rey— mas no cesaste
de reír.
A fe, querido bufón
que mucho me holgara el verte
cuál te quedó el corazón
con la muerte.
Contempló otro largo trecho
el rostro de su lebrel
le hundió una daga en el pecho

y brotó un chorro deshecho
de hiel...

Y para quitar la amargura que dejaran estos versos, asió *Flechilla* de un laúd y con él se acompañó esta canción, que tiene sus puntos de donaire y picardía:

De yo no sé dónde
un infanzón vino
a pedirle al Conde
merced de padrino.

Velando las armas pasó la velada
allá en la capilla; dicen que su espada,
su yelmo y celada
serán los más recios que tenga Castilla.

El mozo es pulido
de gran complexión,
su rostro le ha dado Cupido,
y Marte le dio el corazón.

Mientras que yantaba,
el conde escuchaba
lo que el nuevo infanzón pretendía;
la condesa oía,
comía y pensaba.

«El conde ya es viejo y pesado
las guerras le han puesto achacoso,
el doncel es amable y taimado
y la vida le pinta ardoroso».

Mañana al ser día
diz que el señor conde
va de cacería.
No irá la condesa
que tiene una empresa
de barraganía.

Con tal arte y tono picaresco cantó *Flechilla* esta jácara, que se diría que había vuelto con mucho garbo por los fueros perdidos de un buen amor.

En todos los rostros asomó la complacencia.

Aun el mismo D. Rodrigo pareció olvidarse de su preocupación constante y tuvo un alto elogio para su juglar, que así le había tocado en las calladas cuerdas del sentimiento.

III

El triunfo espléndido del sol se afirmó de allí a una semana, con tanta pujanza y brío, que apenas se veía un copo de nieve en las laderas ni en los picachos. Sin embargo, como por un milagro, aún perduraba la efigie condal que Andresillo labrara.

Ya las facciones no se conocían, y el resto de la estatua no era más que un montón informe de nieve, casi sin recuerdo de humana figura.

Las gentes la miraban como esperanza de que el sol habría de ser justiciero.

Para D. Rodrigo, cada día que pasaba era como una gota de fuego que le pasaba el corazón.

Se habían aumentado las rogativas al Sumo Hacedor, y los más notables médicos de la Corte fueron llamados al castillo.

En vano pugnaban por mentirle que el invierno había asentado sus reales en la comarca, que los picos de los cerros estaban blancos y que las aguas de los ríos no corrían. El conde se advertía morir.

No deseaba más que rezar, y ya *Flechilla* estaba en holganza continua de su alegre oficio. Aquellas gorjas extremadas y sátiras punzantes para divertir a su amo no volvieron a hervir en su boca, ni el alegre cascabeleo de sus atributos del donaire no inquietaron más el silencio de las anchas cámaras.

***

Nadie se explicaba cómo entró la muchacha; los que la vieron dentro del castillo pensaron que era llamada por la marquesita, y no tuvieron inconveniente alguno en dejarle paso franco por todas las estancias hasta llegar a la misma cámara donde el conde se moría de angustia y de arrepentimiento.

Peluquines avanzaba lentamente al través de galerías y escaleras.

Iba lindamente vestida de blanco, y llevaba sujeto con la faldellina un montón de flores.

Llegó a la cámara toda triste, sin luz del día, alumbrada por blandones; apartó suavemente el tapiz y entró.

Se acercó al conde, que estaba empotrado en el sitial, y arrojando a sus pies, como una ofrenda, le dijo:

—Señor, la primavera es llegada; ya hace sol y en el valle no hay nieve, sino flores, flores como estas y aún más bellas.

Don Rodrigo se replegó sobre sí lleno de espanto y unos soldados acudieron a apartar a *Peluquines*, pero esta, rápidamente, se acercó hasta el repostero que cubría el ventanal y descorriéndolo dijo:

—Tirano, mira el Sol que viene a hacer justicia.

Febo inundó de oro la estancia; era como una llama intensa que devorase las tinieblas con ansia de venganza.

Allá en el valle la efigie del conde empapaba en la tierra seca su último hilillo de agua.

El cuerpo de D. Rodrigo se desplomó sin vida. Por el ventanal penetraba intensamente el grato olor de la acacia, y las ramas gentiles de un almendro en flor besaban el alféizar…

IV

De allí a tres días fue celebrado con toda pompa el entierro del conde.

Floriana no tomó venganza contra *Peluquines*, que de manera tan firme y gallarda quiso valer por acusadora en la Justicia del Sol. En cuanto finaron los funerales de su padre, se retiró a un monasterio y, tomando el hábito bajo el nombre de Sor Mariana de la Expiación, no quiso ser ya más para las banalidades del Mundo.

Flechilla tomó lo poco que tenía que tomar, que era su soldada y su hatillo, y echó por la vida adelante. Cada día se miraba más enconada en su corazón la punzada de aquella justicia y acabó por consagrar su vida a la penitencia yendo a Roma a besar la sandalia al Santo Padre, y pedirle la bendición para finar sus días en un desierto, después de visitar los Santos Lugares.

***

Aquí, lector amigo, se da por finada, en su manera novelable y un tanto descompuesta, la narración que contara *Flechilla*, el bufón penitente, al viejo bodegonero de Cigales.

EPÍLOGO

—Ya veis, amigos de Dios —dijo la señora Bernarda— que es cierto aquello que dicen de que el Señor mata sin piedra ni palo. Ved quien se lo dijera a aquel tiranuelo, para el que la tierra toda era nadería, y sus criaturas, como muñecos sin alma, de los que podía él disponer a su antojo. Recemos un padrenuestro por su eterno descanso, que al fin cristianos somos y no debemos llevar los odios y rencores más allá de la tumba. Además, que parece que el hombre murió arrepentido.

Y con muestras de mucha devoción fue rezado el padrenuestro, tras de lo cual, se levantó el campo del honesto entretenimiento y se fue cada uno a esperar las jornadas del nuevo día…

Diego San José

Madrid a 22 de abril de 1917.